



ECOS DE LA PALABRA

Por Javier Castillo, sj

El milagro del compartir

Reflexiones sobre el Evangelio de Juan 6, 1-15 (17º Domingo del Tiempo Ordinario del Ciclo B – 29 de Julio de 2018)



No sería justo negar los esfuerzos que cientos de personas han hecho para superar los efectos de la crisis económica de la última década y, ciertamente, se han registrado avances importantes en los indicadores macroeconómicos de varios de los países más afectados. No obstante, creo que todavía es pertinente señalar que los trabajos de los técnicos y los políticos para diseñar y promulgar medidas para

salir finalmente de esta situación pareciera que éstas no logran satisfacer la voracidad de los mercados y la mayoría de las medidas tomadas solo alcanzan una repercusión tímida en la economía real que es la que percibimos los ciudadanos de a pié en el día a día. Para los más pobres la disminución de la prima de riesgo o el aumento del PIB y de la tasa de crecimiento de la economía, aunque sean importantes, son una cifra más de la sección económica del Telediario pues lo que éstos sí perciben es el progresivo debilitamiento del Estado de Bienestar obligado por las políticas de recortes y de los ajustes exigidos por los bancos.

Jesús no fue economista, sin embargo, en el Evangelio que reflexionamos, nos ofrece algunos criterios que podrían ayudar a gestionar y propiciar una economía con corazón, con rostro humano y con criterios éticos. Si a Jesús de Nazaret le invitaran a una reunión con las personas que están trabajando en la gestión de la economía mundial les ofrecería estos cuatro criterios:

Escuchar las necesidades de la gente. Jesús se preocupa por la situación de su pueblo: llevan un largo tiempo en descampado y no tienen qué comer. Su mirada es compasiva, le duele el dolor de la gente y este sentimiento lo lleva a buscar soluciones que respondan a las necesidades reales y concretas de la comunidad. Una gestión económica humana mira y escucha el clamor de las cientos de personas que ven que con sus limitados ingresos no alcanzan para satisfacer las necesidades básicas que les garanticen vivir con un mínimo de dignidad. ¡No se puede ser sordo o solo escuchar las necesidades de los mercados! Puede que Jesús no conociera de la prima de riesgo ni de los avatares de la bolsa, pero sí conocía el corazón de su pueblo, lo escuchaba y actuaba en consecuencia. Algunas veces siento –espero no ser ofensivo con esta

afirmación-, que quienes elaboran las políticas económicas mundiales viven tan lejos de las necesidades de la gente que legislan para una sociedad y una realidad que muchos no sentimos como nuestra. Siguiendo el ejemplo de Jesús, sería interesante que los líderes mundiales tocaran más el suelo y auscultaran los corazones de los ciudadanos para que los pobres no solo fueran cifras sino rostros llenos de historias, necesidades y anhelos.

Fomentar una cultura de la solidaridad y del compartir. La multiplicación de los panes que narra Juan no fue un acto de magia. ¿Qué fue lo que hizo Jesús? Yo creo que básicamente **movió los corazones** de quienes estaban en aquél descampado para que miraran al que tenían al lado, buscaran a quien no tuviera nada y compartieran su pan con él. Cuando somos capaces de compartir los bienes de la tierra éstos alcanzan y sobran para todos. Dice el jesuita Benjamín González Buelta en su comentario a este Evangelio que la pregunta por la comida para tantos “supone que hay pan y hay que iniciar la búsqueda para encontrarlo”. ¿Dónde lo encontraremos? En la capacidad de compartir lo que somos y tenemos.

Una gestión económica con corazón debería ayudar a superar la lógica del beneficio y del lucro personal para pensar en el bien para todos hasta afirmar con convicción que “lo que no es bueno para todos, no es bueno para mí”. Los bienes del mundo son suficientes pero no están bien distribuidos.

Fomentar una cultura de la austeridad. Los bienes compartidos alcanzan y sobran para todos, no obstante, el que haya abundancia no debe llevar al despilfarro. Hay que racionalizar el consumo, vivir austeramente para que otros también puedan tener lo que necesitan para vivir con dignidad. La austeridad en tiempos de bonanza puede ayudar a vivir con dignidad las épocas de crisis y, en épocas de crisis, para que nadie quede excluido de los bienes necesarios para vivir dignamente.

Gestión con transparencia. Uno de los problemas más acuciantes de hoy es, sin duda alguna, la corrupción. Una buena gestión de los bienes de todos exige transparencia y honestidad. Si los recursos públicos se desvían a fondos privados o se desvirtúan los costes reales de las cosas, muy difícilmente los logros que decíamos arriba llegarán a quienes han sufrido los estragos de la crisis.

No sé si Jesús logre convencer a los mercados y a los técnicos, pero, a quienes creemos que otro mundo es posible, seguramente nos motiva a vivir de una manera distinta y a gestionar los bienes que tenemos con corazón.